

Como quien tiene autoridad: La palabra de Dios tras la palabra humana

Dr. Justo L. González



ICDCPR
Puerto Rico
5 de noviembre de 2015

Como quien tiene autoridad: La Palabra de Dios tras la palabra humana

Lo que se me ha pedido que haga con ustedes esta mañana es que les dirija en un taller sobre la autoridad de la Biblia. Me parece que antes de hacer tal cosa tenemos que reflexionar un poco acerca de qué es eso de la autoridad. Por tanto, me permito empezar con unos pocos comentarios acerca de ese tema para luego pasar a un período de taller y discusión.

Los Evangelios nos dicen que Jesús hablaba “como quien tiene autoridad, y no como los escribas”. Marcos emplea esa frase casi al principio de su Evangelio, en 1.22, antes de haber dicho mucho acerca de qué era lo que Jesús enseñaba con tal autoridad. Mateo la toma de Marcos, pero la coloca inmediatamente después del Sermón del Monte, donde Mateo se hace eco de Marcos: “la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas”.

¿Qué es eso de “autoridad”? Naturalmente, es una palabra cuyo sentido ha cambiado bastante a través de los siglos, ¡al punto que hoy si “llamamos a las autoridades” estamos llamando a la policía!

La palabra que tanto Marcos como Mateo emplean aquí es ἐξουσία, que es una combinación de dos raíces. La primera es ἐκ, que se refiere a lo que sale de dentro de algo. La segunda es Ἀυσία, que quiere decir “esencia” o “substancia” y que a veces se emplea en el mismo sentido extenso en el que hoy hablamos de una persona “de substancia”, cuando lo que queremos decir por “substancia” son las posesiones.

En breve, en el sentido estricto la ἐξουσία no es algo que se le da a alguien desde fuera, sino lo que sale de dentro de la persona misma. Sí es posible que quien la tiene se la conceda a otros en su nombre, como cuando en una boda usted dice: “en virtud de la autoridad que me ha sido concedida por el Estado Libre Asociado de Puerto Rico”, etc.

Pero sea algo intrínseco, o sea una delegación como la que acabo de mencionar, la autoridad la ἐξουσία, no se deriva de la obediencia, sino que es más bien lo contrario. Quien obedece a otro reconoce su autoridad, pero no se la da. No se tiene mayor o menor autoridad porque sean más o porque sean menos quién nos obedezcan, sino porque son más los que deberían obedecernos.

Es por esto que debo confesar que el tema que se me propuso me resulta difícil. Se me pidió que “un taller sobre la autoridad de las escrituras”. Enfrentarme a tal tema, lo primero que me parece necesario aclarar es que, porque nosotros no somos quienes les damos autoridad a las escrituras, tampoco podemos hacer algo que les dé más autoridad. Lo que sí podemos hacer es considerar medios mediante los cuales podamos obedecer más esa autoridad y ayudar a otros a obedecerla. Eso es lo que me propongo hacer más adelante.

Por otra parte, aunque la autoridad no proviene de la obediencia, la obediencia, por el solo hecho de reconocerla, proclama la autoridad ante los demás. Eso es lo que tiene lugar, por ejemplo, en el mismo primer capítulo de Marcos, donde aparece la frase hablaba “como quien tiene autoridad, y no como los escribas”. Parte de lo que sorprende a quienes escuchan a Jesús, y los lleva a reconocer su autoridad, es que “con autoridad manda aun a los espíritus impuros, y estos le obedecen”.

Para relacionar todo eso con nuestra propia lengua, señalemos que hay una relación etimológica entre “autoridad” y “autoría”. Esto viene del latín, en el que originalmente la auctoritas era la potestad que tenía quien limpiaba un terreno y creaba una finca. Tal persona

era el auctor de la propiedad, y su autoridad se derivaba precisamente de su autoría.

Todo esto se encuentra en el trasfondo de las palabras de Mateo inmediatamente después del Sermón del Monte: “les enseñaba como quien tiene autoridad”. El Sermón del Monte no es solo una recopilación de las principales enseñanzas de Jesús, sino que es también un anuncio de quién es Jesús y en qué consiste su autoridad. Nótese que el Sermón todo se encuentra enmarcado, al principio, por la afirmación de que Jesús “subió al monte”; y, al final, de que “les enseñaba como quien tiene autoridad”. La frase que sirve de contexto y que le da nombre al Sermón del Monte es una cita literal de Éxodo 24.15 y 18, donde Moisés “subió al monte”, y fue en ese monte que Dios le dio la Ley a Moisés. Y ahora, en el monte, Jesús se atreve a comentar sobre la Ley de Moisés de un modo que ningún escriba se atrevería a hacerlo: “Oísteis que fue dicho a los antiguos mas yo os digo”. En griego, como en nuestra lengua, lo normal es omitir el sujeto de un verbo cuando queda sobreentendido por la forma misma del verbo. Por ejemplo, si alguien me hubiera preguntado hace unos días qué venía a hacer en Puerto Rico, mi respuesta no habría sido “Yo voy a estudiar la Biblia con los Discípulos”, sino sencillamente “voy a estudiar la Biblia con los Discípulos”. Si digo “Yo voy a estudiar la Biblia con los Discípulos”, bien se puede entender que eso es algo que hago yo, pero no los demás; que mi estudio es

mejor que el de otros, pero que otros pretenden falsamente que van a estudiar la Biblia. Pues bien, la construcción que Jesús usa en el Sermón del Monte es bien enfática: “Mas yo os digo...” Moisés dijo, y dijo correctamente, pero yo os digo.

La autoridad con que Jesús habla aquí bien puede entenderse como la auctoritas que el auctor posee, como la autoridad que la autoría le da al autor.

Y todo eso nos lleva al tema de la autoridad de la Palabra de Dios. Repetidamente, ante este mismo grupo de pastores, lo he dicho, y por tanto seré breve en este punto: la Palabra de Dios es autora de cuanto hay. Así dice el Evangelio de Juan que en el principio era la Palabra, que por la Palabra fueron hechas todas las cosas, y que sin ella nada de lo que ha sido hecho fue hecho. Y todo eso no es sino reflejo de lo que afirma el Génesis, que “Dios dijo, sea y fue”. Según el Cuarto Evangelio, esa Palabra creadora de Dios se hizo carne. Según el Evangelio de Marcos, el poder de esa Palabra es tal que aun los demonios le obedecen. Y según el Evangelio de Mateo, en el monte esa misma Palabra se atreve a decir “oísteis que fue dicho a los antiguos mas yo os digo”. Yo, quien le di a Moisés autoridad para hablar desde el monte, yo os digo.

Yo, quien llamé a Moisés a la existencia, yo os digo. Yo, quien os llamé a vosotros a la existencia, yo os digo. Y os lo digo con autoridad, la autoridad viene de mi autoría, porque yo soy el autor y creador de todas las cosas.

Esa es la autoridad de la Palabra.

Bien sé que cuando se me señaló el tema para esta ocasión, que era “la autoridad de la Palabra”, no era eso lo que se tenía en mente, sino que se trataba de la autoridad de las Escrituras. Y es sobre eso que enfocaremos nuestra atención. Pero para entender la autoridad de las Escrituras hay que empezar señalando que esa autoridad les viene porque en ellas habla el autor y consumidor de todo cuanto hay. Jesús mismo lo dejó bien claro: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn 5.39). En otras palabras, la vida eterna está en Jesucristo, y no en las Escrituras. La autoridad de las Escrituras está precisamente en que ellas dan testimonio de él.

Tal afirmación parecería restarles autoridad a las Escrituras. Pero en realidad es todo lo contrario. La Biblia es Palabra de Dios porque en ella nos topamos repetidamente con la Palabra

de Dios que era desde el principio; la Palabra de Dios por quien todas las cosas fueron hechas;
la Palabra de Dios que se hizo carne y habitó entre nosotros.

Eso nadie se lo puede quitar a la Biblia. Si la Biblia fuera Palabra de Dios porque todo lo que dice es científica e históricamente correcto, como algunos dicen, su autoridad estaría a la merced de los descubrimientos científicos e históricos. Esa fue la opinión de quienes, hace ya varios siglos, insistían en que el Sol gira alrededor de la Tierra porque Josué mandó que el Sol se detuviera en Gabaón. El problema de aquella opinión de entonces era que, en lugar de leer la Biblia como una palabra que da testimonio de Jesucristo, la leían como un libro de astronomía. Y al hacerlo, en lugar de defender la Biblia como suponían, la estaban rebajando al nivel de una teoría acerca del movimiento de los astros; y, como toda teoría, la Biblia quedaba entonces sujeta a duda y corrección. Pero al leer las Escrituras viendo en ellas el testimonio que dan de Jesucristo, vemos que lo importante no es si la Tierra da vueltas alrededor del Sol o el Sol alrededor de la Tierra, sino el testimonio innegable de que el autor del Sol y de la Tierra, el autor de las galaxias y de los espacios interestelares, escogió este pequeño rincón de un universo que mide millones de años luz para en él hacerse carne y habitar entre nosotros; escogió una hora entre los trillones y trillones de años, para en ella comenzar su nueva

creación. La Biblia da testimonio de eso. ¡Y eso es Palabra de Dios! ¡Y eso es más importante que cualquier palabra humana acerca del orden del universo, o que cualquier cálculo humano acerca del movimiento de los astros!

Cuando olvidamos esto, rebajamos la autoridad de las Escrituras a la de un libro de astronomía, o de medicina, o de biología, o de psicología.

Pero eso no es lo peor. Lo peor es que cuando lo olvidamos le robamos a la Biblia su unidad.

Porque lo que le da a la Biblia su unidad no es su exactitud geográfica, astronómica o histórica.

Lo que le da a la Biblia su unidad es aquel que dijo que “ellas dan testimonio de mí”.

AETH

Como historiador, me parece importante recordar que cuando en la iglesia antigua se discutían

las profecías del Antiguo Testamento acerca de Jesús esto se hacía con dos propósitos

diferentes. Cuando se trataba de discutir con judíos que creían en la autoridad de las Escrituras,

se argumentaba que Jesús era el Mesías, mostrando toda una serie de profecías acerca de él.

Eso es lo mismo que muchos otros han hecho a través de los siglos, y que se hace todavía. Pero

cundo aquellos antiguos cristianos se enfrentaron a quienes querían restarles o negarles

autoridad a los libros del Antiguo Testamento, apelaban a las profecías y su relación con Jesús para probar que, puesto que esas profecías apuntaban hacia Jesús, eran en verdad revelación de Dios. La autoridad estaba en la persona de Jesucristo, y esa autoridad probaba entonces la autoridad de las Escrituras.

Me parece que eso es importante, porque muchas veces recordamos que las Escrituras autorizan y sellan el mensaje de Jesús, pero olvidamos que lo contrario también es cierto, que es Jesús, la Palabra encarnada de Dios, quien autoriza y sella lo que nos dice la Palabra escrita.

Es por eso que en la iglesia antigua se subrayaba el modo en que la Biblia –en ese entonces lo que hoy llamamos el Antiguo Testamento– apunta hacia Jesús, no sólo en las palabras de los profetas, sino también y sobre todo en los hechos de Dios en la historia de Israel. En el siglo segundo Justino Mártir, refiriéndose a las Escrituras hebreas, escribía que “hay veces en que el Espíritu Santo hacía cumplir acciones que eran figuras de lo porvenir, y otras en que pronunciaba palabras sobre lo que había de acontecer” (*Dial.*, 114.1.). Lo segundo es lo que hoy llamamos “profecía”, y lo primero es la “tipología” –es decir, que los repetidos patrones de las acciones de Dios apuntan hacia Jesucristo, y que en consecuencia los patrones de nuestras

acciones también han de apuntar hacia Él. Sobre esto hemos hablado antes y he escrito mucho.

Pero si les interesa podemos discutirlo más tarde esta mañana.

Por otra parte, al hablar de la autoridad de las escrituras tenemos que reconocer que esa autoridad se debe a la inspiración del Espíritu Santo. Como sabemos, se ha discutido mucho acerca del modo en que esa inspiración funciona y hasta qué grado hace que la Biblia sea absolutamente infalible en todas las cosas. Hay quien piensa que la inspiración del Espíritu Santo quiere decir que el Espíritu les dictó letra por letra y palabra por palabra a los escritores lo que debían decir. Quienes sostienen tal postura dicen que la razón por la cual aparecen en la Biblia distintos estilos –por ejemplo, la razón por la cual el griego que Pablo utilizadas no es igual que el de Mateo o el apocalipsis– se debe a que el Espíritu Santo, al dictar las palabras de la Biblia, iba tomando en cuenta la personalidad y estilo de cada autor. Al otro extremo de esa posición se encuentran quienes dicen que la inspiración del Espíritu Santo consiste sólo el hecho de que quienes escribieron esas escrituras eran personas de profunda vida espiritual, vida que iba guiada por el Espíritu Santo, y que por tanto al escribir lo hicieron bajo esa inspiración general de una persona que vive en proximidad y comunión con el Espíritu.

Lo que me llama la atención en toda esa discusión y en su larga historia es que por lo general se centra únicamente en el origen de las escrituras y no en la presencia constante del Espíritu Santo en la comunidad de fe en el proceso de interpretar el texto bíblico. Pero lo cierto es que la presencia e inspiración del Espíritu Santo no terminaron con la era apostólica. Al contrario, bien sabemos que el canon mismo del Nuevo testamento no se había formado cuando murió el último de los apóstoles. Fue la iglesia la que, inspirada y por el Espíritu Santo, reconoció en los diversos libros que hoy forman el Nuevo Testamento esa inspiración y la presencia de Jesucristo en esos libros. Y, cuando leemos las escrituras correctamente, lo hacemos guiados por el Espíritu Santo, que también nos inspira en esa interpretación. En otras palabras, la Biblia como letra muerta, como tinta impresa en el papel, no es lo que queremos decir al referirnos a ella como la Palabra de Dios. La Biblia es palabra de Dios porque Dios inspiró sus orígenes, porque Dios ha inspirado su interpretación, y porque el mismo Espíritu Santo que es Dios nos sigue inspirando en la interpretación.

Luego, la autoridad de las escrituras se fundamenta en el hecho de que, en ellas, por virtud del Espíritu Santo tanto al ser escritas como al ser leídas, nos encontramos con esa eterna palabra de Dios que es nuestro señor Jesucristo.

Esto quiere decir que al hablar de la autoridad de la Biblia debemos reconocer que esa autoridad y la discusión acerca de ella no pueden enfocarse únicamente en el origen de las escrituras, sino también en su interpretación presente. La Biblia es palabra de Dios para nosotros porque el Espíritu Santo nos inspira en su lectura.

Luego, al hablar acerca de la autoridad y la interpretación de la Biblia en el día de hoy es importante que digamos al menos unas palabras acerca de la inspiración presente del Espíritu Santo. Esto es particularmente importante en nuestro contexto por cuanto ese contexto se halla imbuido de un individualismo moderno tal que pensamos que la inspiración del Espíritu Santo normal y comúnmente es una inspiración privada e individual. Si alguien nos dice: “el Espíritu Santo me ha dicho que este texto quiere decir tal o cual cosa”, debemos asegurarnos de que tal interpretación no se oponga a la fe del resto de la Iglesia. Pero lo cierto es que la fe cristiana es una fe comunitaria. La iglesia no es el conjunto de los creyentes, sino que es el cuerpo de Cristo. No lo que nos hace iglesia es que el Espíritu Santo nos une a la cabeza del cuerpo, que es Jesucristo. Luego, hay que tener mucho cuidado cuando parece que el Espíritu Santo dice algo contrario a lo que es la fe y la experiencia de la iglesia. Este fue el difícil dilema de los primeros reformadores, como Martín Lutero, quien sufrió serias angustias al ver que las

escrituras le decían algo muy diferente de lo que la iglesia había enseñado, y cuyas angustias se resolvieron al ver que muchos otros reconocían en las escrituras lo mismo que él reconocía.

No creo que sea necesario recalcar este punto. Cuando nos olvidamos de esto, lo que sucede es que la autoridad final, en lugar de estar en las escrituras, recae en el creyente individual y en sus interpretaciones privadas. En tal caso lo que resulta importante no es lo que la Biblia dice, sino lo que yo digo que la Biblia dice. En otras palabras, la autoridad no radica ya en la escritura, sino en el creyente individual.

Por otra parte, esto no quiere decir que las circunstancias y perspectivas particulares de los creyentes no debían influir sobre el modo en que interpretamos la Biblia. Si la Biblia es Palabra de Dios para los creyentes de cualquier tiempo y lugar, esto quiere decir que ha de hablarlos donde estamos, relacionarse con nuestras vidas, preocupaciones, decisiones, etc. No hay tal cosa como una perspectiva universal y absoluta desde la cual alguno de nosotros pueda ver toda la realidad de Dios o de las escrituras. Al contrario, la variedad de nuestras perspectivas e interpretaciones enriquece lo que la Palabra le dice a la iglesia como un todo.

¿Cómo entonces lograr que la Iglesia que nos ha sido encomendada reconozca al mismo tiempo la autoridad suprema de las escrituras y la necesidad de interpretarlas y aplicarlas desde distintas perspectivas y en diversos contextos?

En este punto, me atrevo a hacer algunas sugerencias concretas.

La primera es que recordemos que casi la totalidad de la Biblia fue escrita para ser leída en público, en la congregación del pueblo de Dios. Eso no quiere decir que no debamos leerla en privado, pero sí que tenemos que asegurarnos de que haya también una lectura comunitaria, en el culto mismo de la iglesia. Lo que me llama la atención en muchas iglesias que visito es que, al tiempo que el culto se dice mucho de la importancia de leer la Biblia, en el culto mismo se lee poco. En los últimos meses he visitado varias iglesias en las que las únicas palabras que escuché tomadas directamente de la Biblia fueron la bendición con que terminó el servicio. Había muchas alabanzas, oraciones, exhortaciones, etc. Pero la Biblia brillaba por su ausencia.

En buena medida, los estudios bíblicos llenan el vacío que esto deja. Pero no basta con eso.

También es importante que en el culto mismo entendamos que un modo de darle alabanza a Dios es reconocer la autoridad de su Palabra. ¿Qué sucedería si lográramos que la mayor parte de nuestros creyentes entendieran que nuestra lectura privada de la Biblia es preparación para el culto y para la ocasión en la que todos, como pueblo de Dios, escucharemos esa Palabra? ¿Qué sucedería si cada domingo anunciáramos el texto sobre el cual predicaremos el próximo domingo? Podríamos entonces alentar a los fieles a estudiar ese pasaje bíblico durante la semana, y a prepararse para el servicio, que girará en torno a ese pasaje. Tal práctica dejaría bien claro que el propósito de leer las escrituras no es sólo la devoción privada –aunque eso es importante– sino también ayudar a toda la iglesia a obedecer y seguir la autoridad de la Biblia.

Todo eso nos ayuda respecto a lo primero que hemos dicho sobre la autoridad de la Biblia, es decir, reconocer la Biblia como la Palabra de Dios que requiere obediencia absoluta y que ha de ser la guía para toda la vida de la iglesia.

Pero nos queda entonces todavía pendiente lo segundo, es decir, que la Biblia sea leída y obedecida desde las diversas perspectivas y dentro de los diversos contextos en que vivimos. Esto es mucho más difícil, pues una opinión común entre los creyentes es que todos han de ver

en la Biblia exactamente lo mismo, y quien en realidad sabe lo que la Biblia dice es el pastor, o la pastora, o el líder de estudio bíblico. Frecuentemente he estado en estudios bíblicos y en clases de escuela dominical que parecen ser una especie de juego en el que se trata de adivinar lo que quien dirige quiere que digamos. Si a esto sumamos el hecho de que muchas veces quienes participan de tales estudios son personas muy semejantes entre sí, en cuanto al género, edad, posición social, etc., no debe sorprendernos el que sea tan fácil limitar el mensaje de la Biblia a un solo punto. ¿Qué sucedería si en nuestros estudios bíblicos hubiera algunos ricos y otros extremadamente pobres, varones y mujeres, ancianos y niños, personas absolutamente seguras de su fe y otras con dudas 3 en fin, toda la gama de esa vasta humanidad que nos rodea? Ya no sería tan fácil lograr un consenso. Unos verían una cosa en el texto sagrado, y otros otra. Ciertamente, eso parecería crear dificultades. Pero nos obligaría a reconocer que la autoridad de las escrituras se encuentra por encima de todas nuestras perspectivas particulares, al mismo tiempo que es desde esas perspectivas que hemos de leerlas. Tal estudio nos sorprenderá, pues nuestro entendimiento de la Biblia se hará más amplio y profundo, y más pertinente a nuestras diversas situaciones concretas.

Es por eso que para nuestro taller de esta mañana voy a sugerir una metodología que quizá nos

parezca extraña. Dividirnos en grupos de cuatro o cinco, haciendo todo lo posible porque en cada grupo haya una diversidad en cuanto a la edad, el género, situaciones rurales y urbanas, teologías más liberales o más conservadoras, etc.

Una vez divididos en esos grupos, estudiemos en conjunto cada grupo dos pasajes de la Biblia.

Uno de ellos puede parecernos aburrido, y difícilmente nos atrevemos a leerlo en el culto, por temor a que la gente se duerma. El segundo es todo lo contrario. No será aburrido, pero es controversial. Algunos quizá prefiramos no leerlo en el culto por temor a que la disensión sea seria. Otros lo utilizarán sencillamente para reforzar sus opiniones ya preconcebidas. En cualquiera de los dos casos, le estamos restando autoridad a la Biblia. En el primero, porque somos nosotros quienes decidimos que esta parte de la Biblia no debe discutirse en la Iglesia. En el segundo, porque en lugar de permitir que la Biblia nos hable de manera nueva y cambie nuestras posturas y opiniones, sencillamente la usamos para reforzar lo que ya sabíamos. Por tanto, en la discusión de este segundo pasaje, sería bueno que tratáramos de descubrir en él no solamente en lo que ya sabíamos o lo que ya creíamos, sino también aquello que resulta ser un desafío a nuestras opiniones y actitudes. No importa qué opiniones tengamos respecto a los temas que allí se discuten, lo que importa no es que encontremos en la Biblia

apoyo para nuestras posturas en las controversias, y piedras teológicas que tirarnos unos a otros, sino más bien que en ella el Señor de todos los tiempos nos hable y nos corrija.

Dedicaremos a la discusión de cada pasaje unos 15 minutos. En esa discusión, cada cual hablará desde su propia perspectiva, o quizá desde una perspectiva que no se encuentre representada en el grupo. El propósito será ver qué nos dice el texto desde diversas perspectivas, no restándole autoridad porque sea difícil o aburrido, sino aceptando esa autoridad para ver entonces qué puede decirnos y –puesto que todos somos predicadores o predicatoras– cómo lo predicaríamos. Al final, tendremos oportunidad para una discusión en pleno.

Nuestros pasajes son: primero, el que podría parecernos aburrido, Mateo 1. 1-17; y, segundo, el que resulta más controvertido, Romanos 1.18-2.4.

Manos a la obra...